

Convivir Memoria histórica

¿Puede una guerra causar entre los vencidos traumas psíquicos que se transmitan a varias generaciones? Algunos estudios indican que toda guerra y su represión tiene consecuencias transgeneracionales. Los primeros resultados de una investigación sobre los efectos psíquicos de la Guerra Civil de 1936 y de la posguerra en la subjetividad de los ciudadanos de Cataluña, muestran indicios de que el trauma ha alcanzado a familiares de la cuarta generación.

Curar el trauma del silencio franquista

JOAN CARLES AMBROJO

Las personas y familiares que perdieron la Guerra Civil tuvieron que vivir en una dictadura que les recordaba continuamente que eran los vencidos. Bajo un silencio de palabra impuesto o voluntario, y en muchos casos represaliados por el franquismo, no pudieron expresar su dolor por la pérdida y, menos aún, llorar a los seres queridos, muertos, fusilados o exiliados. El padecimiento y el malestar psíquico de los vencidos ha llegado hasta miembros de la cuarta generación familiar, según las primeras conclusiones de la investigación Represión, silencio, memoria y salud mental: efectos psíquicos de la guerra del 36 y la posguerra en la subjetividad de los ciudadanos de Cataluña. Es una iniciativa de la Fundación Congrés Català de Salut Mental y la Universidad Ramon Llull que se presentará el 17 de noviembre en el Museo de Historia de Cataluña, en Barcelona.

Anna Miñarro y Teresa Morandi, psicólogas que han dirigido el trabajo, explican que el estudio no aspira a encontrar una patología; es decir, que un trauma producido entonces haya causado una enfermedad, sino que se enmarca en una concepción de la salud mental "que consiste en reconocer el sujeto y, por tanto, su padecimiento y malestar, así como las vulnerabilidades o fragilidades psíquicas en que puede quedar alguien que ha pasado una guerra, expuesto a la violencia y a las vejaciones, y a múltiples pérdidas: la vivienda, los lazos familiares y sociales, la seguridad, la lengua y, a veces, el país", sostienen.

Reconocer al sujeto

¿Cómo conseguir el reconocimiento del sujeto? Con herramientas que ayuden a apaciguar tanto padecimiento "y a abrir las fosas del olvido que se han creado en la intimidad de cada uno", apunta Morandi. El equipo ha realizado unas 50 entrevistas a miembros de familias represaliadas, politizadas o no, militantes o no, destacadas y no destacadas socialmente en el entorno republicano. En el ámbito clínico, en los testimonios y con documentos analizados, se ha constatado cómo el horror, incluido en el psiquismo como un cuerpo extraño, se expresa en el gesto, en la mirada, en la palabra, a veces como un síntoma físico y otras como huellas ancladas en el carácter.

Las investigadoras han observado que se produce una irrupción violenta del hecho traumático que deja como marca una herida abierta, "una hemorrágica expresión de dolor", en palabras de Janine Puget, psiquiatra que ha trabajado el problema. Estas heridas las han podido encontrar en los testigos entrevistados, expresadas en forma de queja interminable, heridas renegadas o transformadas en exceso de negatividad, y en situaciones de extrema amenaza, donde todas las funciones conectadas con el narcisismo están profundamente alteradas: la actividad de pensar, la capacidad de discriminación y de síntesis, la estabilidad temporal y espacial y la estima y el reconocimiento de uno mismo, dice Anna Miñarro.



Rosa Maria Carrasco, hija de Manuel Carrasco i Formiguera, político catalán fusilado en la Guerra Civil por orden de Franco; Segimon Obradors y Josefina Piquet.

También se aprecia debilitada la organización de la personalidad por el padecimiento interno, y las defensas adaptativas al entorno han cedido. En situaciones como la estudiada es esencial, a juicio de las investigadoras, mantener la continuidad del ser: "El sujeto, como ciudadano, se apoyará sobre el ideal del yo, que es el que hace falta salvaguardar a cualquier precio". Durante el franquismo, añaden, el clima social que se transmitió fue de desconfianza, incluso a veces dentro de las propias familias. Mientras que las catástrofes naturales solidarizan al cuerpo social, la violencia entre hombres producida por un golpe de Estado o una guerra civil repercute sobre el psiquismo individual y el colectivo. Esto entronca en la idea de catástrofe social defendida por el psiquiatra francés Serge Tisseron, quien sostiene que una guerra rompe un proyecto colectivo. Es el caso de la República, "un objeto altamente investido, querido y a menudo idealizado", dice Miñarro.

Con la Guerra Civil y el franquismo se destruyó la trama simbólica y el vínculo social, y ello sucedió de forma más importante en los exiliados. En los ciudadanos de clases sociales más bajas, sobre todo mujeres, fue un factor más de desclasamiento y de desarraigo. Tisseron considera que si el sostén familiar o social es adecuada-

do, el trauma puede saltar alguna generación. Caídos como fichas de dominó; el psiquismo entero se ocupa del padecimiento y puede hacer que la persona tenga actuaciones autodestructivas, dice Morandi. Se produce la perturbación de las funciones parentales: hombres muy vencidos, que no pueden cumplir la función de marido o padres; mujeres que no podían ejercer de madres porque estaban ocupadas en curarse o en consolar a otros familiares, e hijos que tienen que sostener a los padres. En algunos aparecieron síntomas e inhibiciones más o menos invalidantes.

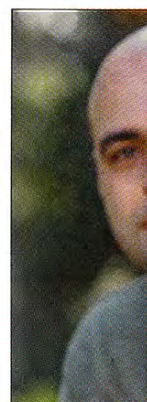
Un Estado que desconoce a los vencidos como ciudadanos, añade Miñarro, los lleva a un callejón sin salida donde la vida está en peligro. Además, los vencidos, por el hecho de serlo, transforman el sentimiento de culpa en culpa social. Siguiendo a René Kaës, psicoanalista que ha estudiado la dictadura argentina, cuando no hay elaboración ni representación de la violencia padecida, se produce una ruptura y una pérdida de la transmisión de la historia familiar y social, "y el horror se inscribe como un exceso innombrable, en el psiquismo de los padres, en el cuerpo y en las generaciones siguientes". Por ello, la posibilidad de testimoniar el padecimiento, dice Miñarro, produce efectos terapéuticos.

La dictadura perturbó la función parental de hombres y mujeres vencidos y heridos, que no pudieron ejercer de padres o maridos

Del abuelo exiliado al nieto historiador

Narcís Lecha, de 92 años de edad, fue adolescente durante la dictadura de Primo de Rivera. Cuando se produjo el golpe de Estado que inició la Guerra Civil, ya era un adulto. En esa guerra luchó con los republicanos y acabó exiliado en los campos de concentración de Saint-Cyprien y Agde, en Francia. Tras ocho años en los que pasó dificultades, se casó y estuvo a punto de ser capturado por los alemanes. Volvió a Girona amnistiado, pero los franquistas le invalidaron la titulación de maestro y se quedó sin trabajo, cuenta Narcís Lecha por boca de su nieto Pere Castellanos, de 36 años y licenciado en Historia.

A Narcís Lecha, añade el nieto, lo que más le traumatizó de la guerra fue que su madre, Vicenta Font, murió por enfermedad en Girona



Narcís Lecha y su ni

Convivir
Memoria histórica

“Todos sabíamos quién había sido el abuelo, pero no se hablaba de él”

Cuando la sacaron de debajo de los escombros de un edificio en Figueras (Girona) derrumbado por una bomba durante la Guerra Civil, Josefina Piquet Ibáñez, entonces una niña de cinco años, comenzó un pacto de silencio consiguió misma que duró 50 años y que le impediría expresar su padecimiento a sus padres. Fue la gota que colmó el vaso: a los dos años, Josefina ya se había sentido abandonada por el padre cuando éste marchó de Barcelona para defender la República en el frente de Aragón.

Durante mucho tiempo, Josefina Piquet se ahogaba y tenía reacciones que no entendía: no podía ver películas de alemanes o casas derrumbadas, ni permanecer a oscuras o encerrada; y sufría con el rechazo, como en Francia. Aún evita visitar Figueras. El cambio llegó de repente, cuando tenía 60 años. Retransmitían el 50º aniversario del final de la II Guerra Mundial; sin saber por qué, rompió a llorar profundamente. Bastaron tres sesiones con una psicóloga para zafarse “de la mochila de auto-compasión y victimismo” que llevaba encima. Debía curar la ruptura entre la infancia y la edad adulta: “Has de buscar a la Josefina pequeña”, le dijo la especialista. “Ahora pienso que fui una niña muy querida, que no me abandonó el padre”.

La pequeña ‘resiliente’

El psiquiatra francés Boris Cyrulnik, al que conoció, la llamó “mi pequeña resiliente”, en atención a la capacidad de superación que había demostrado. Gracias a ello, Josefina ha podido explicar con cuidado su historia a hijos y nietos, “para no pasarles el trauma”. Ese trauma infantil lo ha transformado, dice, en experiencias positivas, como la transmisión oral de su historia o su adhesión a entidades de recuperación de la memoria histórica. A Josefina Piquet, que fue coordinadora de la asociación Dones del 36 le decepciona la política actual y cree que el Gobierno español ha sido muy presionado en la Ley de Memoria Histórica, “pero es un primer paso”.

Rosa Ros Rahola, de 60 años de edad, es nieta de Carles Rahola, escritor e historiador que fue fusilado en Girona en marzo de 1939, tras un juicio



Rosa Ros i Rahola, nieta del escritor e historiador Carles Rahola i Llorens, en Barcelona.

GIANLUCA BATTISTA

sumarísimo. “Todos sabíamos quién había sido el abuelo, pero no se hablaba abiertamente de él”, cuenta. “Había dolor y mi abuela fue de negro toda su vida”, añade.

Los padres de Rosa Ros, que aún viven en la casa familiar en Girona, se ocuparon de la abuela y sufrieron el drama dentro de casa. Lo que más anhela la familia es la retirada del juicio sumarísimo contra Carles Rahola. “Esta injusticia nos transmitió una rabia contra algo injusto y contra lo que no se pudo hacer nada”, dice Rosa Ros. La madre, añade, fue la que más sufrió por la muerte de Carles Rahola, y pasó una época con problemas físicos cuyas razones la familia no entendía. También vivieron múltiples dificultades sociales. Por ejemplo, cuando el padre del primer

novio de Rosa Ros, para impedir que éste se relacionara con la familia de ella, le dijo a la madre de ésta que su propio hijo “era un desastre” y que no le convenía a Rosa. “Te hacían saber que estabas en una situación que no era fácil ni sencilla”.

Rosa Ros ha hecho psicoterapia, pero aún siente “una rabia espantosa” cuando escucha ciertos comentarios de la política actual; “es una provocación terrible”, sobre todo porque dice que vienen de “personas tan nefastas”. Que su hija pequeña, a quien también entrevistaron en el estudio sobre el trauma, escribiera sobre la vida del abuelo asesinado en un trabajo de bachillerato es un detalle que parece indicar “que algo se ha cerrado en la cuarta generación”, cree Rosa Ros.

Segimon Obradors tenía 18 años cuando le llamaron a filas para luchar en la Guerra Civil. “Mi padre murió antes, cuando yo era muy joven, y no le conocí”. En el frente de Teruel lo capturaron. “Mi pena más grande es haber estado encerrado en el campo de concentración de San Marcos de León y luego en la prisión de Deusto. No sólo era el hambre, sino los malos tratos que sufrí”. Acabada la contienda, se casó y tuvo que volver a hacer el servicio militar. “Fue muy duro, me costó reaccionar y ponerme en mi lugar”, dice, “porque padecí una juventud muy maltratada y lo llevo muy adentro, no se puede dejar correr, esa película siempre está ahí y me la llevaré a la tumba”.

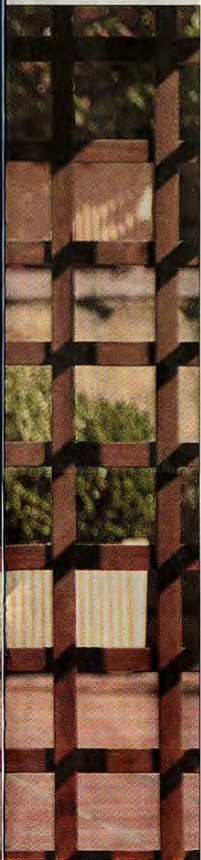
Bien cualificado profesionalmente, marchó en 1949 al extranjero por miedo a las represalias: un par de años en Costa Rica y luego 17 años en Suiza. Volvió en 1968. Cristiano evangélico, Obradors dice: “Hemos tenido que vivir demasiados años es-

clavos de un régimen. Nunca he entendido que no fuéramos un país de mujeres y hombres libres”. Lo que más le remueve hoy día son “los políticos que hacen ver que son democratas y no lo son y dicen mentiras”. Dicen haber perdonado, pero reclama un homenaje para todos los ciudadanos que lucharon por una causa justa y fueron maltratados como si fueran “lo peor de la humanidad”.

Rosa Maria Carrasco Azemar, hija del político nacionalista democristiano Manuel Carrasco i Formiguera, asesinado por el régimen franquista en 1938, reconoce que le hizo mella la carta que escribió su padre cinco días antes de ser fusilado y en el que pidió que no hubiera represalias “y que perdonáramos”.

Sin embargo, Rosa Maria Carrasco no ha conseguido borrar una cruenta imagen de la posguerra, cuando vio entrar en casa a un hermano agredido en la universidad. Menos dramático fue cuando a otro de sus hermanos no le dejaban presentar al examen de Derecho Mercantil. Al final la madre le acompañó y exigió al tribunal “que si lo tenían que suspender, que lo suspendieran, pero primero lo escucharan”, cuenta la hija. Sacó matrícula de honor. Como contrapartida, cree relevante que el movimiento escolta “educara en los años sesenta a ciudadanos en una situación anormal haciéndoles ver que lo que parecía normal no lo era”.

Rosa Maria Carrasco considera que no se ha hecho justicia con su padre: “Es una lástima que hayan tenido que pasar 70 años para que se pueda hablar claro”, se queja. Durante años, en sueños veía a su padre volver. Siente que “me estafaron el padre”, pero le reconforta saber que éste no perdió nunca la dignidad.



Barcelona. GIANLUCA BATTISTA



Pere Castellanos, en Girona.

GIANLUCA BATTISTA

mientras él estuvo exiliado. Sin embargo, la familia de Narcís Lecha que vivía en España no sufrió entonces demasiadas represalias pero la Guardia Civil iba casi cada día a la casa de la familia hasta 1940, preguntando por el paradero del hijo Narcís. La que más represalias sufrió fue Teresa Lecha, enfermera, que tuvo que defenderse de las acusaciones de haber sido ayudante de un doctor republicano.

El nieto de Narcís, Pere Castellanos, también siente malestar por lo que significó el franquismo, pero no sólo por lo que le llega del abuelo, sino también por lo mal que lo pasaron sus propios padres durante la dictadura. Lo más traumático fue cuando encerraron a sus padres en prisión por sus actividades políticas. El padre estuvo nueve meses en la cárcel en 1974 por pertenecer al Partit Socialista d'Alliberament Nacional-Provisional (PSAN-Provisional) y la madre fue detenida avanzada la transición, en 1982, por llevar una pancarta independentista, asegura su hijo.